



Director: ARTURO A. GIMENEZ

SEMANARIO FESTIVO  
2.ª EPOCA

GALERIA CÓMICA  
FOTOGRAFÍAS SIN RETOQUES  
—  
LOS GRANDES PROPIETARIOS  
—  
EL DUEÑO DE LA JUNTA

**AÑO II**  
**Nº 73**  
Julio 21 de 1895

**PRECIOS SUSCRICION**  
MONTEVIDEO Y DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1,00
Seis meses	" 5,00
Un año	" 9,00

**EXTERIOR**  
*Los mismos precios, en moneda equiva. lente, con el aumento del franco.*  
Número corriente 30 centesimos. - Número atrasado 40 centesimos

DEVENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS.  
SE PUBLICA LOS DOMINGOS.  
Oficinas Provisorias: CALLE URUGUAY, 301  
MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON, CERRO, 57



Abandonó el Tribunal por encontrarse muy mal.... de salud (1) este señor y al feudo municipal fué, para hallarse mejor.

Y tan mejor, que, en verdad malgrado su enfermedad, jubilado y vejancón goza de su propiedad.... y de la jubilación.

(1) ¡Pobres!



## SUMARIO

TEXTO—«Zig Zag», por Arturo A. Giménez—«Hombre de verdad», por W. P. Bermúdez—«Para ellas» Los estudios fotográficos III, por Alina Doré—De Pérez Zúñiga «Papa la morrocotuda»—Teatro, por Re-Bemol—«Entre dos fuerzas», (novela), por Arturo A. Giménez—«Desmemoriada», por Víctor Pérez Fotit—Menudencias—Correspondencia particular—Avisos.

GRABADOS—Galería cómica: Los grandes propietarios. El dueño de la Junta, por Wimplaine—Para ellas. Retrato de la señorita María Luisa Caymari. P. Calligaris, por Aurelio Giménez—Ecos de fiesta, por Wimplaine II—Elisa Petri y varios intercalados en el texto por Aurelio Giménez.



Lo sé todo!  
Como dicen en los dramas grandes los maridos ofendidos.  
¡Lo sabemos todo!  
Las sesiones secretas de la Cámara de Diputados ya no son para nosotros un secreto. Se trataba de unas cuantas docenas de pensiones para viudas.  
Decididamente tenemos que buscar todos la manera de ser viudas.  
Y eso es difícil.  
Los más habilitados para conseguirlo, son los maridos débiles, indudablemente.  
Porque si, como dice la frase adoptada, en casa de estos es la mujer quien lleva los pantalones, ergo, a ellos les corresponde llevar las polleras. Lo cual ya es un paso hacia la feminidad.  
Y los acerca a la pensión.  
De modo que lo que antes pudiera tomarse como ofensa, ahora deberá tomarse como un café con leche gratis.  
Todos los que sean tachados de afeminamiento estarán de felicitaciones.  
Y cuando á uno le digan despreciativamente «marica!» contestará:  
—¿Sí? ¡Le parece á usted que lo soy, de veras? ¡Oh, muchas gracias!  
Cosas del progreso y de la Cámara de Diputados  
Lo que antes era una ofensa, ahora á cualquiera le va á parecer un saludable pipopo. Eh... Ya lo dijo Campoamor:

En este mundo traidor,  
nada es verdad ni mentira,  
todo es segun el valor  
de la pensión graciable con que se mira.

Esto último no lo dijo Campoamor. Yo lo advierto lealmente á ustedes.  
Y de ahí que hasta este solemne momento propicio y pensionático á los del sexo de viudas, todo el mundo quería ser hombre.  
Las mujeres se ponían cuello y camisa y sombreros masculinos, hasta representar dignamente á un guardia civil de particular.  
Los chicos se untaban con sebo el labio superior para que les naciera el bigote, y andaban inquietos y hediondos.  
Y hasta muchos animales que parecen hombres se desvivían por ser hombres aunque parecieran animales.  
Pero de hoy en adelante de seguro que no va á suceder lo mismo. Una pensión de viudedad no es cosa tan baladí que no baste á trastornarle á uno el seso y el sexo.  
Se dará el caso de que un esposo diga á su mitad:  
—Oye, Celedonia, ¿sabes lo que he hecho anoche?  
—Roncar como un animal.  
—Por Dios, mujer, no seas cruel... Esas son cosas demasiado groseras para una persona como yo, delicada y suave... He soñado... ¿adivina qué?—Que tenía una niña!...  
—Pero hombre!  
—Y que la partera me decía mostrándomela, mientras tú me arreglabas las punti-

llas de la cófia: «Ay don Emeterio: qué niña tan hermosa y qué parto tan feliz ha tenido usted!

—¡Emeterio! Estás hecho un marica insufrible!  
—¿Te parece? ¿De veras?....  
—Dios no debió haberte hecho hombre!  
—Eso digo yo; debió haberme hecho... viuda.  
—Debió haberte hecho.... ¡qué sé yo! ¡Perro!  
—Nó, nó; dí «perra,» en todo caso. Ah! Ustedes las mujeres son las que se llevan todas las ventajas... y todas las pensiones. Si al menos tú, Celedonia, tuvieras barba y bigote como la mujer esa de que trae el retrato la Ilustración...  
—¡Que tendría!  
—Que podrías vestirte tú de hombre y yo de mujer.  
Y una vez que murieras tú, me presentaba yo como viuda y.... ¿adivinas?

Y vaya que como una casualidad, en armonía con estas cosas, no hay otra como la de haberse metido el Gobierno en la cazuela de Politeama, en la función de gala del juéves.

¡Qué cazuela hubiera salido de allí á haberles puesto al fuego!

Cosa que, por cierto, no merecen los señores de nuestro Gobierno ¿eh? No confundan ustedes.

Pero figúrense; con todos aquellos ingredientes y un buen cocinero, don Julio, pongo caso, que saber hacer buenos pasteles, no es platozo el que resulta.

Don Juan Excelencia y Borda, *verbi gratia*, ocuparía el lugar de la gallina, con berrugas.

Y esto de gallina no lo digo porque sea débil ¿eh? ¡Eso nó! Es por tratarse el ingrediente principal. ¡Débil él!...

Monsieur, el grande, el excelso Monsieur, daría una salsa negra, *sauce noire à la française*. Esto no se usa en cazuelas, pero aquí se trata de un plato excepcional. Además, después de hecha la salsa siempre queda ría aún parte de Monsieur para constituir la morcilla.

Vidiella supliría al tocino, y con ventaja ¡Vaya!

Don Miguel Hermano Herrera y Cia de Julio, una vez bien descortezado sería un moniato de mirar atravesado, muy presentable.

En cuanto á don Juan José, el de Fomento, había de dar un buen repollo indígena, un repollo *soufflé*, que diría Monsieur, esponjado y fácil de cocer.

¡Y no es zapallo el que iba á salir de la cabeza de Cabral, ni ají picante el que soltara Segundo!...

Todo esto disuelto en el caldo neutro que formara Brián, había de dar un plato capaz de admirar á Abella que en cuestión de platos caros, cazuelas y machetazos, ya no tiene nada que aprender.

Eso sí; para tragarlo, se necesitaría estómago; pero nosotros lo tenemos bueno. Hace ya tanto tiempo que los aguantamos sin reventar!....

Y ya que tratamos de la función de gala, acontecimiento social por excelencia, y de gran importancia, seamos por una vez cronistas sociales. Nuestros prohombres haciendo el papel de promujeres, en la cazuela, se merecen unas líneas.

Indicaremos pues, lo más interesante que á ellos-ellas se refiere.  
Se hallaban presentes.

Señor-a-Juan Excelencia de Idiarte Borda—*toilette* negra de gran *soirée*. Banda blanca y celeste á lo Presidente. Verruga simpática en la mejilla.—Agradable.

Madame Jeanne Joseph *Jours de la Guerre*—*Toilette de grand soirée*, tachonada. Banda roja á la *française*. Pelo rizado á la *africaine*.—Interesante.

Señor-a-Pantaleona Cabral—Gran tocado á lo rematador, adornado de gatos.—Coquetona.

Señor-a Maximina de Tajés—*Toilette* á la japonesa con banda á lo turco.—Simpática.  
Madame Tivolara—Boa limpia—*Toilette* deshábille.—Triste.

Y varias otras que no recordamos.

En fin; que el aniversario de la Jura de la Constitución no tuvo porqué quejarse. Ha sido dignamente festejado.

—También—me decía uno—tratándose de

juramentos, bueno fuera que Brian no hubiera echado el resto para festejarle.

—¿Porqué Brian?...

—Porque él es de los que juraron

—¿Qué?

—Por su dulce bien amado no dejar un colorado.

\*\*\*

Ahora, disculpen ustedes si el *Zig-Zag* no ha salido digno de ustedes.

Pero tengo que dar exámen de derecho romano, y no estoy para hacer dos obras de *romanos* á un tiempo.

Además el exámen de Derecho Natural me ha quitado media naturaleza, porque, deveras, los examinadores de Derecho Natural son las gentes más desnaturalizadas del mundo.

Esperaba que hoy me supliera Varzi.

Pero Varzi está con el seso echado á perder por la Filosofía.

Les deseo á ustedes más filosofía que la que tiene ahora Varzi en la cabeza.

ARTURO A. GIMÉNEZ.

## HOMBRE DE VERDAD

Aquí yace el caballero don Gil Ramés de Peralta, que siempre ocupó muy alta posición...—Era cochero.  
—He ahí un hombre verdadero!



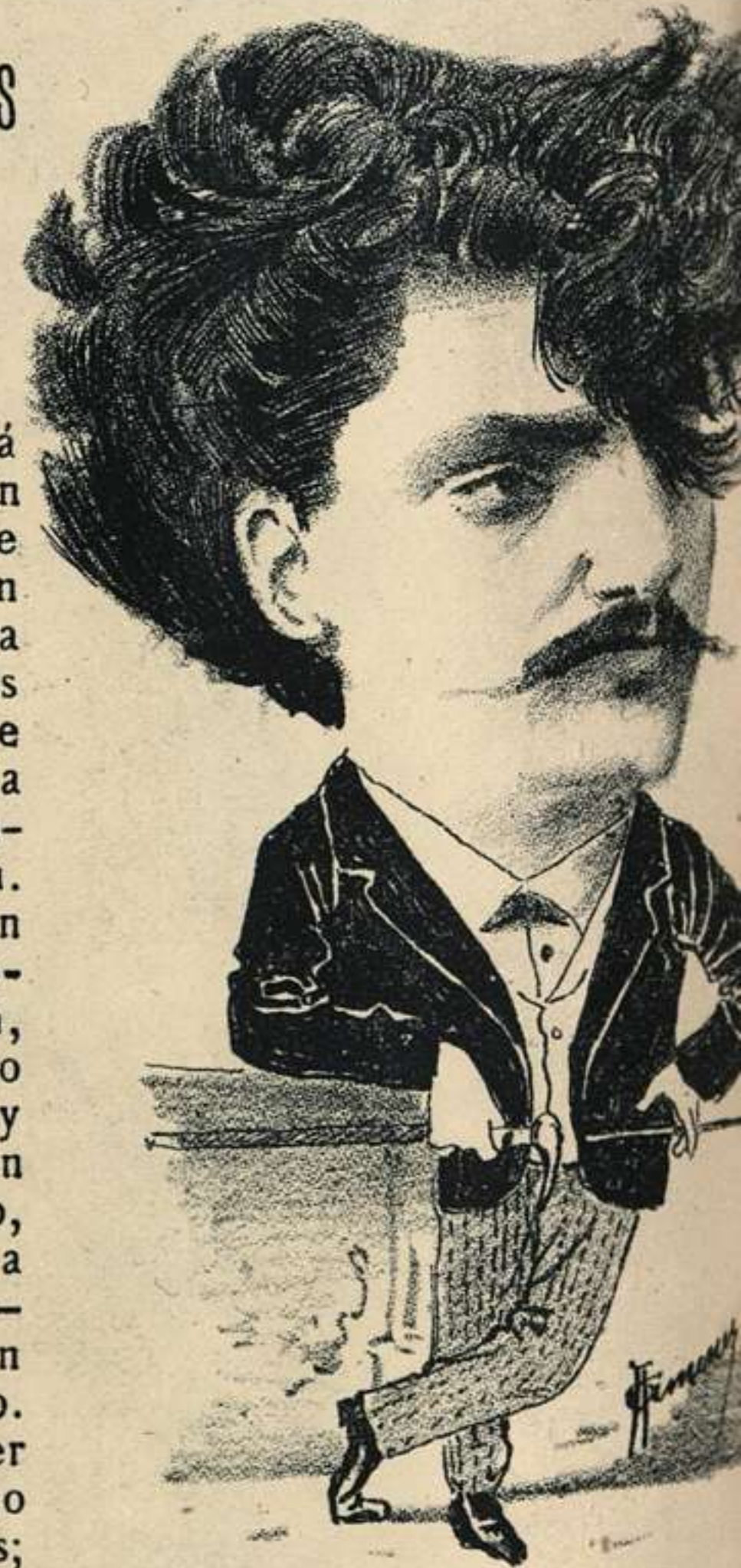
## LOS ESTUDIOS FOTOGRAFICOS

III

## EL DE CALLIGARIS

La primera vez que ví á Galligaris, lo tuve por un artista lírico que se hubiese radicado aquí. Llevaba un gran sobretodo que le tocaba casi los talones, los bigotes muy bien peinados y ese jopo esponjado que le baña la frente en un desbordamiento indolente y coquetón. El sombrero á la nuca, un gran sombrero blanco colocado en forma de aureola, como marco y complemento de esa fisonomía vagorosa y magnífica, en la que parecen flotar, á un mismo tiempo, los dulces ensueños de una musa acariciadora y el hondo y terrible pesar de un romanticismo inconfesado. Parece malo, de carácter reconcentrado y exótico cuando se le mira de lejos; pero, cuando se habla con él, se le trata un momento, su fisonomía cambia en el acto de expresión, tornándose expresiva, insinuante, con ciertos dejos de cortesía afectada, actitudes de prestidigitador complaciente y sonrisas de camarada servicial y atento, que guarda en el fondo de sus pupilas un serio pensamiento y en los labios una sonrisa toda galantería, oficiosidad, pero al propio tiempo, como acaelerada, finalizante, que parece decir «adios... muy bien... váyase usted...» con un suave acariciar de manos.

Este es el hombre, esto es, el fotógrafo expeditivo y veloz, que tiene momentos apremiantes y decisivos en que parece tener prisa para por acudir á otro sitio. Delante de la máquina, cuando retrata, tiene esta misma brevedad y rapidez: tres pasos hacia atrás, una actitud reflexiva y extravagante, luego una indicación, un movimiento hacia cualquier parte, un golpe de manos, y «¡ya está!» Todo esto seguido, precipitado, sin vacilaciones, seguro de si mismo y de lo que hace.







Y, sin embargo, sus retratos no se resienten en manera alguna de esta premura en enfocarlos y grabarlos en la placa. Tiene algunos magníficos. Domina admirablemente los fondos oscuros, com-

pletamente negros, en los que la figura se destaca suave y nítidamente, pareciendo talmente brotar del fondo en un movimiento de dulce evocación, de extraño apareamiento. Además las medias tintas de

todos sus retratos son puras y firmes, sin violencias de tonaciones ni desvanecimientos exagerados en el claro. Y la prueba de que valen y de que gustan, es que tiene retratos hasta en el techo.



# Ecos DE FIESTA



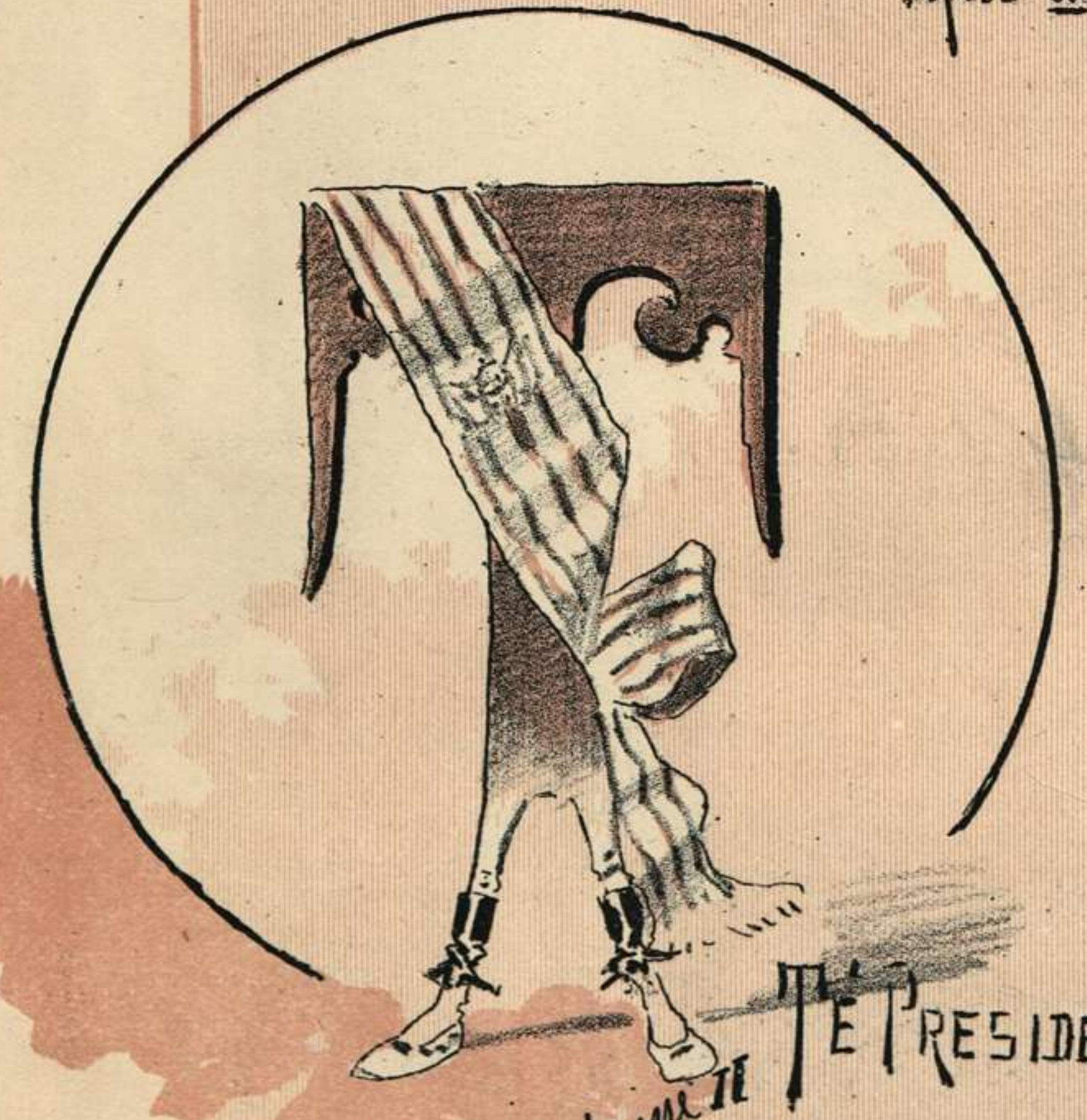
LA EJECUCION de la DIANA de PALLOJA no dejó nada QUE DESEAR (La Nación)



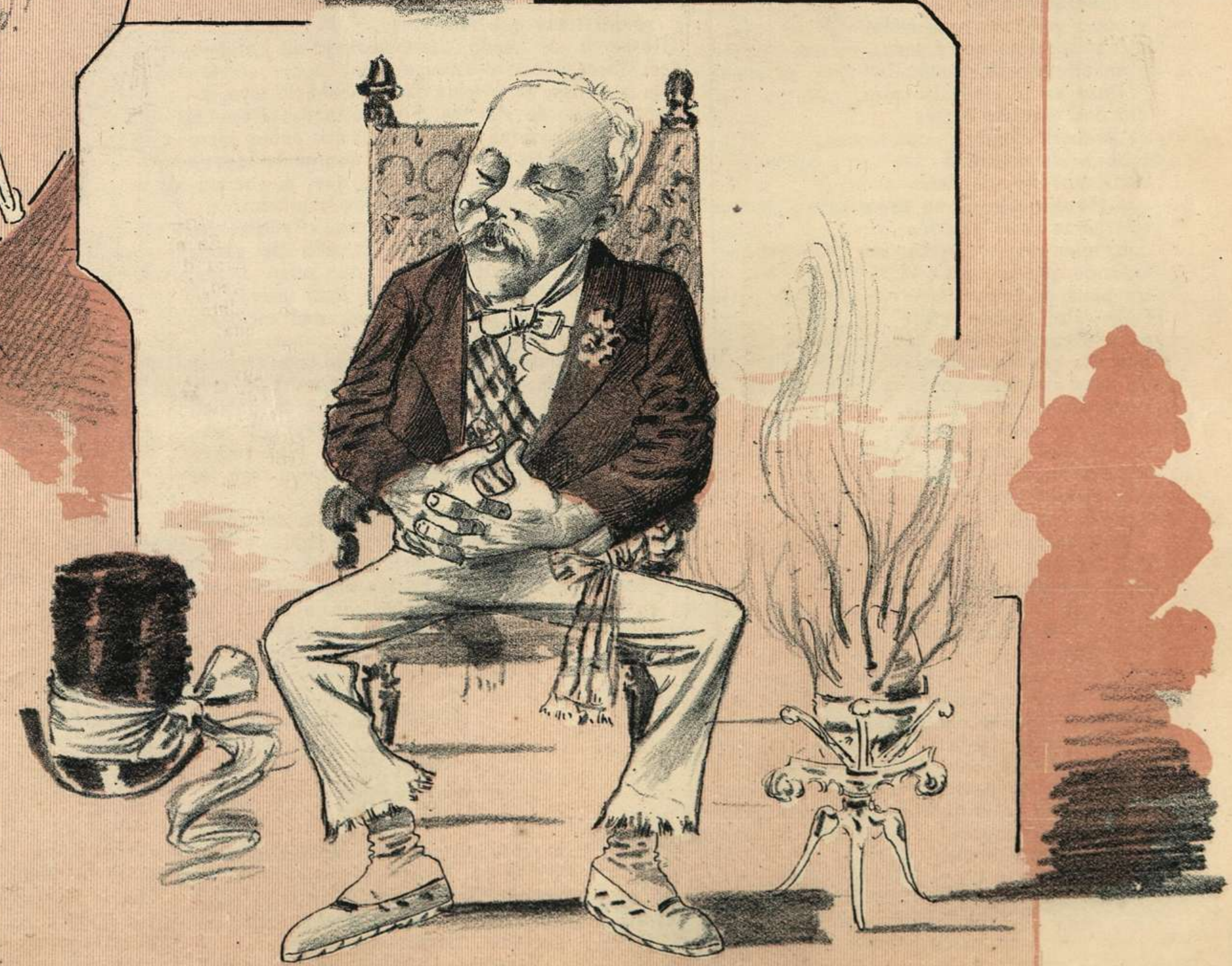
18 "DE JULIO"



LOS ASISTENTES  
LOS ASISTENTES AL TÈ FUERON  
NUMEROSISIMOS [La Nación]



Winnifred DE PRESIDENCIAL





Esto no es una metáfora; no hay más que alzar la vista en la sala para convencerse de ello.

El espacio, hoy muy limitado, no me permite decir más, pero ya verán ustedes el domingo su obra maestra, segunda de la galería que empezamos en el número anterior, y ella dirá más.

¡Vaya si dirá!

¡Ah! Y de paso Aurelio Giménez agradece efusivamente las lelicitaciones que ha recibido con motivo del retrato de Marieta Pons, y me pide que lo comunique á ustedes.

ALINA DORÉ.



DE PÉREZ ZÚÑIGA



## Pepa la morrocotuda

En la calle de la Ruda vive, si el vulgo no miente, Pepa la morrocotuda, la mejor hembra, sin duda, que ha visto el siglo presente.

Vive con Pepa y aguanta las costumbres de la indina su madre, que es la cambiante más famosa y ménos santa del barrio de la Latina.

Lo que hizo la Pepa ayer á poco de amanecer, fué, por cierto, singular. Lector, ¿lo quieres saber? Pues te lo voy á contar.

Roncaba como una fiera Pepilla en su madriguera sobre un catre angosto y duro, teniendo á la cabecera colgado un reloj del muro.

El reloj las siete dió; la muchacha despertó, y cómo quién no hace nada dió á la colcha una patada y en el suelo se plantó.

Puso en la estera los pies, dió dos bostezos ó tres de primera calidad, y abrió sin dificultad sus lindos ojos después.

—He dormido de un tirón seis horas como un lirón, dijo, mientras se rascaba un codo que le picaba sin pizca de compasión.

Se calzó rápidamente, para lo cual, como es uso entre la gente decente, en cada pierna se puso su media correspondiente.

Dejó su seno encerrado en un corsé colorado, se puso luego un vestido que, aunque estaba descosido, también estaba manchado, y su *toilette* concluyó.

Del dormitorio salió, según las noticias mías, y así que á su madre vió, le dijo:—Muy buenos días

La madre, sin más ni más, contestó á Pepa:—Muy buenos. Y tú lector, me dirás que esto es tonto por demás si no hubo más ni hubo menos.

¡Que es tonto!... ¡No lo ha de ser! Pero no te quepa duda de que esto es lo que hizo ayer, á poco de amanecer, Pepa la Morrocotuda.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.



A Reiter ha sido en esta semana la heroína en Solis. Quién no la ha visto en «La dama de las Camelias», «Cavallería Rusticana» y «El mundo del fastidio.» se ha perdido las interpretaciones más inteligentes y concienzudas que de estas obras ha visto

nuestro público.

En la primera lo dejó más que admirado, aplastado ante la magitud del talento que desplegara en la creación del hermoso personaje de Dumas.

Tanto, tanto habría que decir de lo que la Reiter ha hecho en las dichas funciones, que veo que esta crónica ha de resultar muy corta. Ya me figuro que dicen ustedes al leerme: «Pues señor! La actriz ha estado admirable y no hay nada que decir de ella!...»

Justo. Por eso mismo Cuando hay defectos que señalar, comparaciones que hacer entre la interpretación dada por otras actrices y la que acaba de escucharse, entre una escena y otra, entre la concepción del autor y la interpretación de la actriz; cuando hay defectos notables que señalar, la crítica se impone y tiene lugar; pero tener que decir: en tal escena estuvo notable, en tal momento admirable, de este parlamento no puede decirse sino que le deja á uno entusiasmado.... Esto es fastidioso, por lo repetido. Con decir: estuvo notable en todo, no puede darse idea exacta de una interpretación artística por medio de palabras y palabras y palabras, que diría Hamlet, vayan ustedes á verla, está todo dicho. Por ésto decía que la crónica tiene que salir corta.

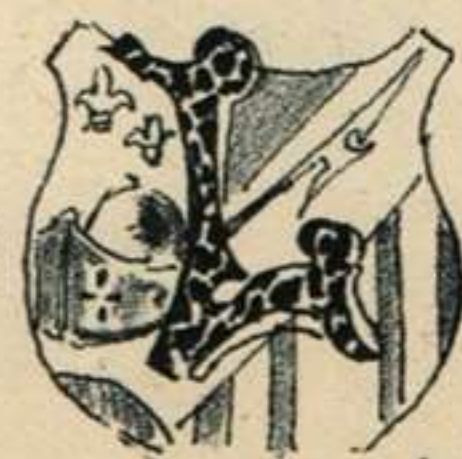
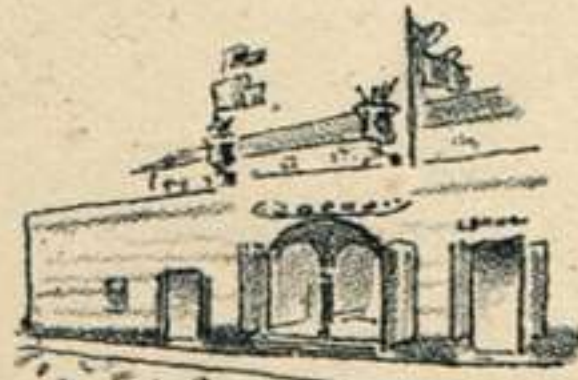
Respecto de Andó, *idem idem*, y de Leigheb, *idem, idem, idem*, y así siguiendo.

De la Reiter, en tal obra dada á beneficio suyo, diremos... nó; de ella no diremos nada. Pero si preguntamos ¿porqué estos artistas que deben conocer tanto el teatro y sus efectos, dan en la idea de elegir para sus beneficios obras en que, ni con mucho, pueden lucir sus excepcionales facultades?

Andó, que en «El Honor» y en «Fedora» se muestra colosal, eligió para su función de gracia nada menos que *La novela de un joven pobre*. drama, ó lo que sea, detestable; falto de todo interés, de toda condición, no ya diré literaria, sino escénica, que es lo que interesa al artista.

Y ahora la Reiter nos dá su beneficio con la comedia de Paillerón, muy brillante, muy artística, muy elegante muy fina, pero ¡qué demonio! El público quiere ver á las grandes actrices en obras que tengan algo de grande, algo que llene, y esto no lo consigue ni ha querido lograrlo Paillerón con su comedia.

Anoche debe haber tenido lugar el beneficio de Belli-Blanes, un notable, pero muy notable artista á quien deseamos mejor acierto, y aún se lo exigimos, porque él, que ha hecho tan majistrales papeles en todas (en todas ¿eh? No rebajo nada) las obras en que le hemos visto, tiene donde elegir y debe elegir bien.



A representación de *Mefistófeles* en el Politeama, revistió las proporciones de un gran acontecimiento artístico. Teatro pieno, que diría Cherubini; gran expectativa, muchas esperanzas.

Y vamos al resultado, pero sumariamente, porque de lo contrario sería

cosa de nunca acabar

De Lucia—Ha ganado en voz y en arte. Todos los registros perfectamente equilibrados, gran dulzura de expresión. Me pareció admirable en el gran duo del segundo acto y en el duo concertado del cuarto. No me satisfizo, ó por mejor decir, no correspondió á mis esperanzas en la romanza del primero ni en el epílogo. Esta suprema aspiración del desencantado requiere algo más que buena escuela. Es un alma que se eleva en alas de un sueño sublime, de un sueño postrero, y el artista ha de idealizarla de modo que el espíritu y no la voz vibren en ella. Más ligada, mucho más ligada la cadencia de retorno al motivo dominante. Oxilia fué en esto maestro; á los que le oyeron me remito para expresar bien lo que hubiera querido oír. No obstante esto, *Faust* interpretado por De Lucia es digno de oírse y recordarse siempre. Al maestro, salud.



La Petri—Notable, notabilísima en todos los pasajes. En el divino cuarteto del segundo acto fué la figura dominante. Excelente voz, buen timbre y volumen, correcta escuela, gran expresión dramática, admirable concepción del personaje de la altiva Helena; soberbia en el aria de la muerte. Todo esto, todo esto, (y cuenta que es mucho) con un aplauso para ella.

Tamburlini—Buena voz en los registros medio y alto; muy destruida en el bajo. Cantó muy bien el *scherzo* vocal del prólogo; sobre todo con muy buena voluntad. Correcto en el resto. El aria del 2.º acto, (segundo cuadro) sin referirme al mérito absoluto, como pocas veces la hemos oído, á no ser por él mismo cuando vino la primera vez.

La acción dramática malísima. No ha comprendido el papel del amargo cuanto filósofo *Mefistófeles* de Goethe. Esas risas de *hombros*, y esos movimientos de manos empeñadas en mostrar ángulos y cuernos son de muy mal gusto; cosas de diablo grosero de esos que hacen el gasto en los cuentos infantiles

Que lea para otra vez lo que en el poema de Goethe, dice *Mefistófeles* á Fausto: «La civilización, que todo lo pule, llega hasta el mismo diablo; el fantasmón del Norte no está ya presentable ¿Dónde ves cuernos, garras ni cola? En cuanto á mis patas de cabra, no puedo prescindir de ellas, pero me queda, como á los elegantes del día, el recurso de las pantorrillas postizas.»

La Bellincioni. Tampoco se dió cuenta del papel que



interpretaba. No basta teñirse el pelo para caracterizar á Marta, Marta es vieja, no solamente por el pelo ¿eh? Es necesario, señora, que lea usted también á Goethe; la voz es buena y sabe cantar.

*Conjunto.* La orquesta muy bien. Notable el final del prólogo, aunque se notó debilidad en los instrumentos de cuerda. Perfecto el concertarle del 4.º acto.

El cuarteto fué notablemente interpretado y el público pidió con justicia la repetición.

El duo del tercer acto con poco colorido. Había lugar á esperar mucho más de la Peiri y De-Lucía. Los coros bien, pero muy escasos.

*Detalles.* La presentación escénica muy mala. Pero mucho. Las decoraciones detestables.

Aquel jardín de Marta, no era tal jardín sino prado Hay que distinguir. La indumentaria regular.

\*\*

San Felipe siempre favorecido. En la función de gala tuvo un lleno completo y la García y la González fueron obligadas á repetir el Himno Nacional.

\*\*

Retribuimos á los señores Comm. Fernando de Lucia y baritono Máximo Scaramella su atento saludo.

RE-BEMOL.

## ENTRE DOS FUERZAS

### NOVELA

FOR

ARTURO A. GIMÉNEZ

VII

(Continuación)

« Querido Mario:

Hoy hace dieciocho días que no nos vemos. ¿Quién tendrá la culpa de esto? ¿Será el que me adora? Oh, no! No puede ser, puesto que me ama con *inmenso*... cariño.

Si fuera esto cierto no dejaría pasar tanto tiempo sin verme.

Habrás estado en la novena de Ánimas que estuvo muy concurrida, principalmente en la Iglesia del Cordon, y allí no lo dudo que lo habrás pasado mucho mejor.

Mario: si es que tú me quieres, ven, ven el domingo...

Se despide de tí con gran cariño

*Argentinita de Mario.*

P. D.—Te mando ese pensamiento para que pienses en mí siempre, hasta en la Iglesia.»

—¡Claro! Las Mestres—murmuró Mario al leer esto.

Las había visto salir de la novena de ánimas, mirándole ansiosas con aquellos ojos grandes dilatados y recelosos que dá la curiosidad, con la ansiedad del perro cazador que olfatea la pista, deseoso de hallar el buscado objeto.

Argentina estaba celosa. ¡Una mujer celosa, celosa por él! Era algo que le gustaba, que le halagaba, sobre todo en aquel momento en que su amor propio sufría tan rudas pruebas.

Sin embargo, un sentimiento de amargura contra-jo sus labios. ¡Celosa de Delia! Si Argentina supiera que él, él, tan orgulloso, había claudicado vergonzosamente, dominado, subyugado por la mujer fuerte, cuya conquista había vuelto á ser su sueño, no ya de vanidad, sino de amor!

El destino le había vuelto á poner frente á Delia, dándole, ahora franca, rudamente, la peor parte en aquella partida que la ausencia interrumpiera sin concluir.

Fué en los últimos días de Setiembre. Había transcurrido año y medio desde la última vez que la viera, y él, con aquel deseo latente dentro del pecho creía haberla olvidado ya, haber vencido lo que estúpidamente miraba como una debilidad, cuando la noticia de la muerte de la hermana de Delia le sacudió nuevamente, acercándole á ella.

La primera manifestación del renacimiento fué aquella emoción fuerte, muy fuerte que le golpeó el pecho cuando la chinita, llorosa, apresurada, fué á anunciar la desgracia á Isabel, llevando ese parte lúgubre que tanto se parece al llamado de auxilio del naufrago en el gran momento de la desesperación.

—Manda decir la señora, que ha tenido la desgracia de perder á la niña María, ayer á la tarde...

Cuando Mario oyó aquello, antes de sonar el nombre de María, sintió que se le suspendía la respira-

ción un instante, esperando escuchar el nombre de la otra, de Delia.

Y casi se avergonzó de aquel destello de alegría que le iluminó la pupila al saber que no era ella; la otra, era tan buena, pobre!...

Fueron todos, Isabel y Orfilia y él, en seguida, apresurados.

Un amor desgraciado, el abandono, la esperanza de un matrimonio muy próximo destruida, la historia más vulgar del mundo del sentimiento, todo esto contado, balbuceado entre sollozos les enteró de las causas, infundiéndolo á él profundo respeto por aquella niña que había llegado á querer, tanto

Pasó la tarde allí, pensando en eso que no hubiera supuesto; que se murieran de amor las mujeres; todavía.

Después del entierro, volvió á buscar á Isabel y á su hermana que quedaran acompañando á la pobre madre.

Había visto, en el cementerio, en aquella colina fría que mira al mar desde el cementerio del Buceo, al novio causante de la desgracia, arrepenido, empapado el rostro en llanto, mirando desesperado, amarilla la cara, cómo desaparecía aquel cuerpo de mujer joven, aquella faz otrora hermosa, llena ahora de manchas negruzcas, horribles, y todo este dolor le descompuso, llenándole de tristeza y malestar.

Volvieron encogidos, tiritando, perseguidos por un cierzo helado que se quebraba rechinando en las ramas de los cipreses en aquel día tan crudo de Julio que se había metido allí en pleno mes de Setiembre.

Pero Mario creyó sentir más frío aún en aquella casa muda, llena del inmenso vacío que deja la muerte.

Al entrar en la habitación en que estaban las dolientes, cubierta toda por esa oscuridad tan necesaria al que sufre, el joven, deslumbrado á causa de la rápida transición sufrida al pasar de la fuerte claridad de la tarde, blanca, fría, á aquella pieza negra, no pudo dar un paso, y se detuvo, esperando que se acostumbraran sus ojos á la sombra. Sintió el crujir de varios vestidos cuyas dueñas se volvían sin duda á mirarle, y luego allá, algo retirada, una voz quejumbrosa preguntó:

—¿Quién es?

—Mario, respondió otra más segura y clara, la de Orfilia.

La voz doliente que oyera primero murmuró otra vez.

—Mario, dijo enseguida Isabel, acercate. Misia Justa quiere hablarte.

—No puedo; no veo.

Dicho esto oyó un leve murmullo hacía el lado de donde parecía salir la voz de su madre y después que alguien le decía en voz baja:

—Mire Mario... tome mi mano... aquí... Yo lo guiaré.

Mario se sorprendió al oír aquella voz que tan poderosa impresión le producía siempre, y más al sentir una mano pequeña y caliente que estrechaba su mano yerta estremeciéndose al tocarla, y volvió la voz firme á sonar como un murmullo en su oído diciéndole:

—Debe hacer mucho frío; tiene la mano como hielo...

—Sí, mucho frío, contestó dejándose guiar lentamente, temeroso de tropezar, hasta sentir que otra mano seca y fría tomaba la suya atrayéndole hacía una cama cuyo larguero tocó. Ahora sentía calor, en aquella atmósfera negra, pero ya habituado á la oscuridad, llegaba á distinguir varios bultos negros diseminados aquí y allá, inmóviles y mudos.

En tanto, la mano de la pobre madre seguía estrechando fuertemente la suya; por último dijo con voz sollozante ansiosa y tímida.

—¿Mario? ¿Enterraron ya á mi pobre hija?

—Sí, si señora;—contestó él en voz baja, esa voz de los momentos de duelo, que teme aumentar el dolor sonando clara.—Ya

Y dicho esté sintió que la anciana se echaba á llorar silenciosamente.

Bajó la cabeza sin añadir una palabra y así transcurrieron, algunos minutos, muy penosos.

Luego un murmullo, algunas palabras como de consuelo y varios besos ahogados, anunciaron que se iban.

—Vamos, oyó que decía, en efectos Isabel.

—Vamos, dijo, saliendo de su abstracción.

Volvió á estrechar en silencio aquella pequeña mano, y salieron sin hacer ruido, como si sus pasos no sonaran, ahogados en la oscuridad.

(Continuará.)



—¡Oh! ¡Me acusas y me injurias! —murmuró Irma, sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas y que su tierno corazoncito le daba un vuelco dentro del pecho.—Así correspondes,—prosiguió con voz ahogada por los sollozos—al inmenso cariño que yo te he dado en veinte años de fidelidad conyugal! Así arrojas sobre mi frente de esposa amante, las negras sombras de tu nefanda duda! Y eres tú, Alfredo mio, tú, mi esposo, el que has despertado mi corazón de niña, el que has hecho brotar á la luz meridiana del amor las brillantes flores de mi ilusión el que has reclinado tu cabeza sobre mi amante sen en esas apacibles tardes de cariño en que hay susurros de besos apagados, murmullos de placer, eres tú el que me arrojas hoy al fango de la calle!... Tú, tú Alfredo, que me has albergado en tu caliente nido, eres el que arrancas ciego, despiadado sus alas de pedrería á la mariposa para convertirla en negro y repulsivo gusano!... ¡Oh! Ya no habrá en mi existencia solitaria más que amargas horas de desconsuelo é interminables noches de dolor... El negro espectro de la pena se cernirá sobre esta mi pesarosa frente, que otrora soñó de amores solo por tí y que hoy tú con fatídicas palabras de deshonras, tronchas y doblegas sin piedad... Pues, bien; no importa. Partiré! Abandonaré el hogar donde se han deslizado dulces y tranquilos los años de mis más queridas esperanzas... Me iré lejos, quién sabe donde, á lo desconocido, como la silenciosa, hoja que el viento lleva sobre sus alas impalpables, para perderme en el olvido, en la negra noche del olvido, allí donde la torpe calumnia, por lo menos, no teñirá con colores de púrpura á la pálida azucena... Me ocultaré en el misterio, callada, sola, donde la vergüenza no empañe con su aliento ponzoñoso la luz inmortal de estos pobres ojos míos... Está bien: acepto tu fallo. Dices tú que durante tu ausencia te he vendido miserablemente, que he faltado á la fe jurada, que he labrado tu deshonra, que he arrastrado tu nombre por el lodo de la alcoba adúltera. Bien; ya no seré más tu baldón; ya no oirás mi nombre aborrecido repercutir como música de infamia en tus oídos. Mi presencia no te molestará mucho, y pronto el ruido de mis faldas y el enervante perfume de mis cabellos se apagarán de estos salones de que fui dueña y señora en horas de amor... Sí, Alfredo, quiero evitarte un postrer...

—¡Oh! ¡Cuán bella estaba la querida Irma en su dolor! ¡Agitado el seno, los hermosos ojos llenos de calientes lágrimas, la frente abrumada por el glacial dolor, el acento quejumbroso como ese levisimo susurro que se apaga en las misteriosas tardes de otoño, la encantadora mujercita rendía el más porfiado corazón y hacía desmayar la más férrea voluntad.

—Oye, Irma,—murmuró Alfredo sintiendo que e remordimiento y la pena atenaceaban su corazón—oye, Irma... Yo te he amado... yo te amo aún... Yo querría perdonarte... Sí, bien lo quisiera, Dios es testigo!... Pero; por favor!, por este amor que fué nuestra vida, por esas horas de cariño que cruzamos juntos, entrelazadas las manos, confundidas nuestras cabezas... por lo que sea más sagrado para ti... ¡vindicate, disipa estas dudas atroces y horribles que anónimo delator ha encendido mi pecho!... Házlo, Irma y yo te juro caer de rodillas á tus pies para darte en holocausto toda la sangre de mis venas y toda la vida de mis pensamientos...

—¿Y qué podría decirle al hombre que ha dudado de mí, de mi amor, de mi virtud?—contestó la ultrajada esposa, llena de altiva dignidad y estrujando con mano febril los finisimos encajes de su vestido;—¿cómo convenceré al ciego de espíritu? ¿cómo probar mi inocencia, diciéndole que no es él el engañado, sino yo misma?...

—¡Habla, Irma! ¡Habla, por tu bien, por el mío, por lo que más quieras en el mundo!...

La encantadora cabecita de la atribulada joven estaba reclinada sobre el pecho. De sus ojos aún corrían lágrimas ardientes; silenciosas. Sus mejillas estaban pálidas, muy pálidas, heladas por el dolor. Y su frente parecía obscurecerse, rendida, aniquilada, siguiendo el vuelo pesado y fatídico de quién sabe que ocultos pensamientos. Hubo un gran rato de silencio,—de silencio triste y abrumador. Alfredo esperaba, agonizando, puesto de rodillas frente á la acusada, fijos los ojos en aquellos labios rojos que temblaban con un tic nervioso. Luego, ella pareció salir de un ensueño. Su frente sacudió las sombras que le rodeaban. Su mano pequeña, más blanca que mármol de Páros, alisó distraída, las ondas negrísimas de sus perfumados cabellos. Sus ojos, como abortos, tornaron poco á poco á la realidad, con leves





relámpagos de vida que quebraban los hilos sentilímicos de sus arquadas pestañas. Y por fin con voz querida, aquella voz de extrañas modulaciones y notas graves de virgen tropical, rompió el silencio:

—Tú sabes, Alfredo, que esta pobre cabecita mía no ha concebido otra idea grande que la de tu amor... Tú sabes que en ella no ha brotado otro pensamiento que el que en ella supistes despertar tú, tú únicamente... Tú sabes, tú sabes muy bien, lo has sabido siempre, que no he tenido más memoria que la que puede tener un pajarillo...

Su voz era lenta, serena, como agotada por la pena que había destrozado su alma. Irma prosiguió, cual si repitiera el eco de un pensamiento lejano:

—El día en que tú partiste para otras tierras, lejos, lejos de mí, tú Alfredo mío, te llevaste mi pensamiento... ¡Dios mío! Lo que he llorado tu ausencia... Los días corrían sombríos para mí, sin un rayo de sol, sin una sonrisa... El mundo había apagado sus alegrías y placeres... Negras, sombrías, interminables las noches cruzaban la esfera sin una memoria, sin un murmullo de pasión, del amado mío... Luego pasaron los meses; más tarde los años... Los dedos del tiempo borraban de mi memoria tus facciones; pero mi corazón siempre te pertenecía... Yo te lo había dado;... mi amor era tuyo... Morían en mis recuerdos tus rasgos físicos; más el lazo celeste que unió nuestras almas, ese amor que reclinó nuestras frentes bajo la misma suprema languidez, no pereció, y mi pensamiento, al despertar todas las mañanas, y al adormirse por la noche, voló siempre á tu lado, alla abajo, lejos, muy lejos, bajo el cielo en que tú estabas...

Su voz era triste ahora... Los sollozos hervían en su garganta escultural... Sus ojos desmayaban, con trémulos parpadeos.

—Un día,—prosiguió Irma—recibi la nueva de tu llegada... ¡Volvías, al fin! ¡Iba á verte! Iba á encontrar esos tus ojos que fueron siempre el único espejo en que se retrataron los míos! ¡Iba á besar esos tus labios, los únicos que conservarían la huella imborrable de mis labios!... Loca de felicidad corrí á tu encuentro...

Entonces su gesto se hizo altivo. Su cabeza se irguió soberbia desafiando al infame destino. Su voz no fué ya temblorosa, sino que adquirió las vibraciones vergadoras de una Lucrecia:

—¡Ah! ¡El infame seductor se te parecía tanto! ¡Supo, el vil, imitar tan bien tus gestos, tus ademanes, tus caricias!... ¡Simuló tan admirablemente tu persona, que yo, ¡pobre desmemoriada! creí que ese Roberto...

—¿Cómo? ¿Roberto?...

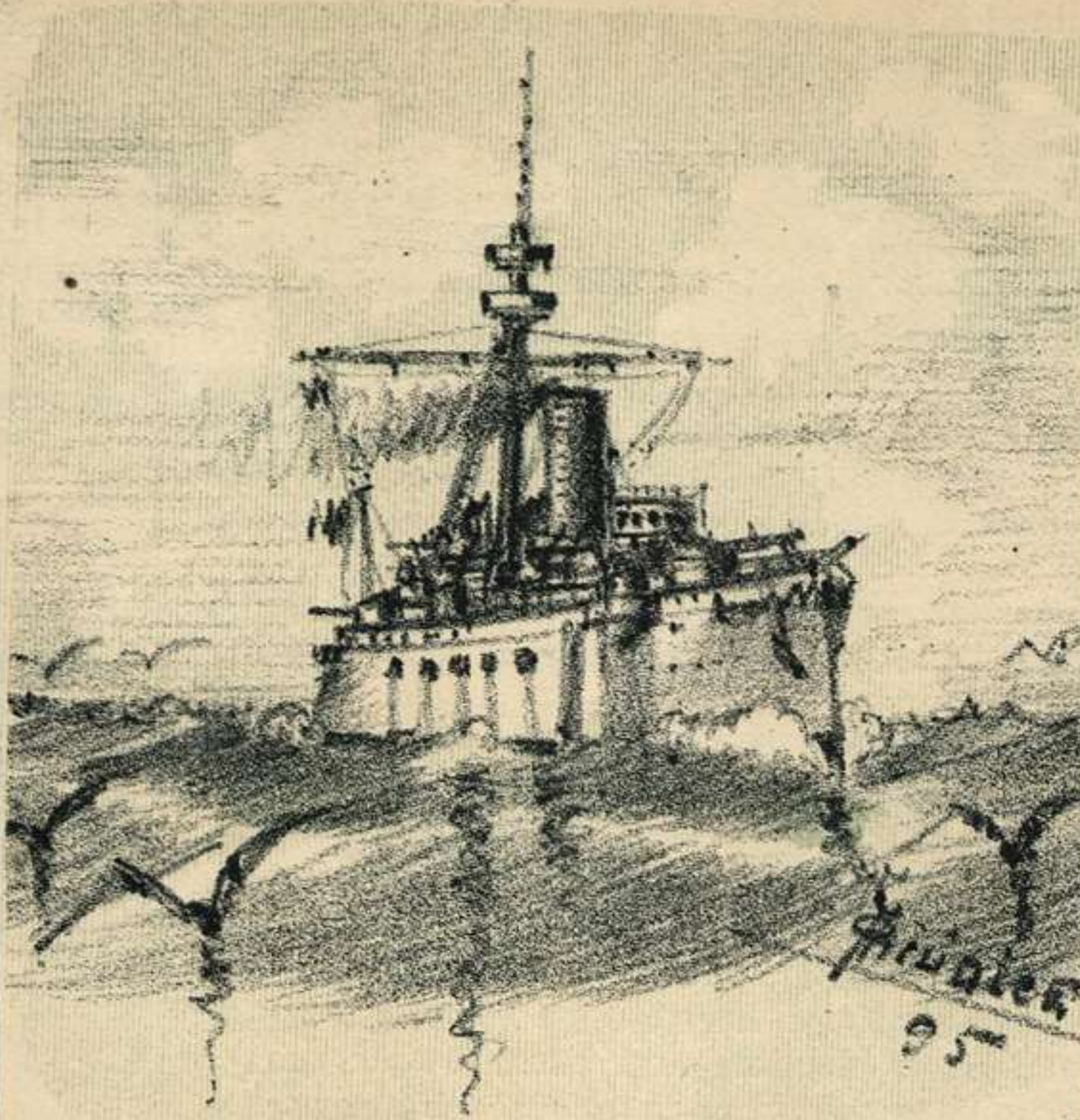
—No, no... Quiero decir, Carlos...

—¡Dios mío!... ¡Carlos... también!...

—No, tampoco... ¿Ves tú, Alfredo mío, si soy desmemoriada? Ni aún recuerdo el nombre del vil seductor... Pero, espera... Yo recordaré... ¿Será Lauro, acaso?...

Y la linda mujercita experimentaba tan honda pena, era tanta su amargura, que la luz de sus ojos divinos latía tembladora, como la de asustadas luciérnagas, y su voz querida, aquella voz ingenua de niña inocente, brotaba temerosa, confundida, tibia por el fuego de los sollozos.

VÍCTOR PÉREZ PETIT.



## MENUDENCIAS

Y ¿han ido ustedes al Politeama?

¿Nó? Pues no han visto ustedes un laminador á la alta escuela.

El que se meta entre dos filas de sillones mientras estén una de otra á la distancia á que las han colocado ahora para aprovechar el terreno, ó sale de allí laminado, ó no sale.

Entre fila y fila han dejado el espacio (si espacio es aquello) exactamente preciso para que quepan las canillas de Garzón, pongo por caso.

Como le toque á Floro Costa un sillón en mitad de fila, una vez que entre habrá que llevar bueyes para sacarlo de allí.

Y el que tenga callos sucumbe al primer entreacto. En cuanto empiece á salir la gente que se atreva á ello.

¡Ah! Y me olvidaba.

Hay un inspector de teatros.

¡Se lo juro á ustedes!

Y cobra sueldo.

\*\*\*

Si Atilano es el padre de Mariano, y Mariano es el padre de Mercedes, Mercedes es la nieta de Atilano. ¿No les parece á ustedes?

\*\*\*

El Nacional, dirigido ahora por la firme mano de don Eduardo Acevedo Díaz, ha reaparecido, interesante y cortés que es un gusto.

Saludamos su reaparición.

\*\*\*

Entre lo que me revienta en este mundo traidor, cuento el pescado podrido y los cantares de amor.

No habiendo vela en su cuarto y rendida por el sueño, un cabo, para acostarse pidió la hermosa Remedios. Asomóse á la ventana el sargento Montenegro y dijo: Oiga usted, señora, ¿le sirve á usted un sargento?



Caifás I—Montevideo—

Es tan extraordinario su descuido que no hay un solo verso bien medido

Lapsus—Idem—

Yo no me enojo porque me envíe versos cochinos pero soy joven, y... francamente ¡me ruborizo!

L. M.—Idem—Pues... los que gastan en eso un centésimo y papel son tan bobos, son tan bobos, son tan bobos como usted.

Ringo-Rango—Canelones

¿Qué le diré? ¡La verdad! Pues digo que el verso es malo y que no le doy un palo por una casualidad.

T. M.—Pando—«Dispensa Manuela tanta tontería

como pongo en esta, pues sólo soy poeta cuando á Pando vengo.»

¡Nó! Usted es poeta ni cuando va á Pando.

Do Lla—Minas—«Y allí tu cabeza hería el sol con alevosía.» (Usted es quien comete Lla una gran alevosía).

AL POLO  
BAMBA

CASA ESPECIAL EN CAFÉ

CALLE COLONIA 2, 4, 6, 8

Dá el «Polo Bamba» un café de clase tan superior que beber no logra usted en el mundo otro mejor.



EL ANTICUARIO



Vende, compra y revende «El Anticuario» libros viejos, vulgares, nuevos, raros, y, por más que parezca extraordinario los paga bien y no los vende caros.

Calle 18 de Julio, 184

ESTUDIO FOTOGRAFICO  
DOLCE H<sup>nos</sup>

Calle Sarandí, 359

Retratos modernos de busto á la romana.

A Dolce, es ya cosa vista nadie á retratar le gana y, como es todo un artista, no hay niña que se resista á vestirse de romana.



A. CALLEGARIS  
ESTUDIO FOTOGRAFICO

Hace esta fotografía retratos tan excelentes que á ella acuden á porfía las más distinguidas gentes.



FOTOGRAFIA  
INGLESA  
DE  
J. FITZ PATRICK

Fotografía de moda por la high life preferida donde retrata toda la gente más distinguida.

